

de este nombre, é Isabel de Baviera. Pedid á Dois por su alma. »

Pues que nos hallamos en San Dionisio, vamos á abrir los archivos misteriosos de aquel reinado que pasó, como ha dicho uno de nuestros poetas, « entre la aparición de un anciano y de una pastora, no dejando más huella de su existencia que una amarga irrisión de lo que es el destino de los imperios y la fortuna de los hombres; un juego de naipes. »

Para una página que hallemos pura y blanca en este libro encontraremos otras mil salpicadas de sangre, y otras muchas enlutadas, porque Dios quiso que este miserable mundo participase de esos tres colores; así que, cuando hizo el escudo de armas de la vida humana, le puso por divisá: « INOCENCIA, PASIONES Y MUERTE. »

Ahora vamos á abrir este libro, como Dios abre la vida, por las páginas blancas; demasiado pronto llegaremos á las de sangre y á las de luto.

ISABEL DE BAVIERA.

I.

La reina Isabel.

El domingo 20 de Agosto del año de 1389, amaneció alumbrando la inmensa concurrencia, que se aumentaba á cada instante en el camino de San Dionisio á París.

Acudía ansioso el pueblo tan de madrugada, porque la reina Isabel, hija del duque Esteban de Baviera y mujer del rey Carlos VI, hacía su primera y solemne entrada como soberana en la capital del reino.

Debe en verdad decirse, para justificar tanta curiosidad, que se contaban mil maravillas de la princesa; sabíase que la primera entrevista que con el rey tuviera había sido en viernes; sabíase igualmente que el rey se había prendado tan apasionadamente de ella, que sólo á duras penas

consiguió de Carlos el duque de Borgoña que le concediera hasta el lunes siguiente para hacer los preparativos de las bodas.

Con las mayores esperanzas saludaba todo el reino esta alianza ; no se ignoraba que el rey Carlos V había manifestado, poco antes de morir, deseos de que su hijo contrajera matrimonio con la princesa de Baviera, para contrarrestar la influencia de Ricardo de Inglaterra, que acababa de casarse con la hermana del rey de Alemania. El amor del príncipe había, pues, milagrosamente convenido con los deseos de su padre ; también las matronas, después de haber examinado á la novia, habían declarado que era apta para dar herederos á la corona : el nacimiento de un hijo confirmó al cabo de un año los pronósticos de su experiencia. No faltaron algunos vaticinadores de desgracias, como acontece siempre al principio de todos los reinados, que dijeron que todo aquello no podía parar en bien, porque el viernes era el peor día que podía escogerse para una entrevista nupcial ; pero nada hasta entonces confirmaba sus vaticinios. En vano hubieran querido hacer oír su voz, pues hubiese sido sofocada por los gritos de alegría que por todas partes resonaban en el momento en que empezamos esta narración.

Como los principales personajes que harán papel en esta novela deben por su cuna ó por su dignidad venir al lado de la reina ó formar parte de su comitiva, nos permitirá el lector que sigamos los pasos de la dicha comitiva, que sólo espera para romper la marcha la llegada del duque Luis de Turena, hermano del rey. Algunos aseguraban que el tardar del príncipe se debía al tocador ; y no faltaron tampoco malas lenguas que asegurasen que el verdadero motivo era una noche pasada entre las delicias del amor. Este medio de dar conocimiento á los lectores de los hombres y de las cosas, ya que carece de la ventaja de la novedad, es al menos el más cómodo ; y mucho nos hemos de equivocar si los detalles del cuadro que vamos á bosquejar, lo menos mal que podamos, carecen de interés y de originalidad.

Repetimos que era domingo, y añadimos que era un gusto ver reunido tanto pueblo fuera de París, ni más ni menos como si se lo hubiesen mandado por orden expresa.

No podía echarse un alfiler en el camino, donde estaban hombres y mujeres tan apiñados como espigas en un trigo : la comparación es tanto más exacta, cuanto que el menor accidente hacía ondular aquella concurrencia cual si fuese un sem-

brado ; pues como formaba la multitud un todo tan compacto, el menor sacudimiento que experimentara cualquiera de sus partes, se comunicaba instantáneamente á la masa entera.

Las once acababan de dar : los gritos que se oyeron á la cabeza de la masa, y el estremecimiento que la recorrió en toda su longitud, venían á anunciar á la impaciencia general que iba á pasar algo de nuevo. En efecto, venía la reina Juana y la duquesa de Orleans su hija, que merced á los alguaciles que traían delante pegando al pueblo con sus varas, pudieron abrirse camino por medio de aquellas olas humanas ; y para impedir que volviesen á unir éstas después de pasar dichas señoras, seguía á caballo en dos filas por los dos lados del camino la flor y nata de los vecinos de París, en número de mil doscientos. Los elegidos para formar esta guardia de honor vestían largos ropones de seda verde y bermejo, y cubrían sus cabezas con unas tocas, cuyas puntas caían sobre sus hombros cuando les azotaba algún vientecillo, que venía á refrescar la pesada atmósfera del estío, tanto más sofocante aquel día, en que la marcha de hombres y caballos levantaban una nube de polvo. Impelido el pueblo y empujado por la comitiva de que acabamos de hablar, se desbandó por

los campos que lindaban con el camino, cuyo centro formaba una especie de canal, del que las orillas eran los vecinos de París, y por cuyo cauce podía circular libremente la comitiva real. Este movimiento se hizo con menos dificultad de lo que puede imaginarse.

En aquella época, cuando el pueblo salía al encuentro de sus reyes, los recibía con tanto amor y respeto como curiosidad ; porque si bien entonces la monarquía bajaba algunas veces hasta él, jamás se le había ocurrido todavía al pueblo subirse hasta la monarquía. Por lo dicho no se extrañará, pues, que cada individuo tirase gozosamente por su lado sufriendo alegremente aquella especie de expropiación, que en el día costaría algunos gritos, blasfemias y bayonetas. Era por aquel punto más bajo el campo que el camino ; circunstancia que hizo á la turba ganar á la carrera todos los puntos culminantes desde donde les fuera posible dominar el camino. En un abrir y cerrar de ojos fueron invadidas todas las casas y árboles de los alrededores, que en menos tiempo de lo que nos cuesta decirlo, se vieron cargados de nuevos frutos y nuevos inquilinos, y con tal abundancia, que desde la copa de los árboles hasta su tronco, y desde el tejado hasta los cimientos, no había desperdiciado

un solo punto que pudiera sostener algún curioso. No faltaron algunos que no arriesgándose á intentar aquella peligrosa ascensión, se escalonaron en el declive ó repecho del camino, cuya cresta coronaba la guardia urbana: las mujeres se empinaban sobre las puntas de los pies: los niños se subían sobre los hombros de sus padres; cada uno, en fin, se colocó bien que mal, los unos dominando con la vista las tocas de los individuos de la guardia y los otros pasando las miradas modestamente por entre las piernas de los caballos.

Apenas se había calmado la especie de desorden producido al pasar la reina Juana y la duquesa de Orleans, que se adelantaban á palacio, donde las esperaba el rey, cuando se vió por fin asomar por la calle principal de San Dionisio la tan esperada litera de la reina. Reinaba, como hemos dicho, la mayor curiosidad en aquella inmensa muchedumbre de ver una princesa que apenas rayaba en los diez y nueve años, y en la que cifraban la mitad de las esperanzas de la monarquía. No podría negarse que la primera mirada que el ansioso pueblo lo dirigiera justificó mal la reputación de hermosura que la había precedido en la capital, porque á decir verdad, su belleza era de un género tal, que era preciso habituarse á ella

para conocer su mérito: nacía esta singularidad del contraste que formaban sus cabellos, de un rubio casi dorado, con sus cejas negras como el ébano, tipos opuestos y carácter hístico de las razas del Norte y del Mediodía, las que habiéndose cruzado en esta mujer, dotaron su corazón de todas las pasiones ardientes de una italiana y su frente de la altanería de una princesa alemana.

Del resto de su persona sólo diremos que un estatuario no hubiera podido desear proporciones más armoniosas para el modelo de una Diana en el baño. Su rostro formaba ese óvalo perfecto al cual dos siglos después dejó su nombre Rafael. Los ceñidos vestidos y las estrechas mangas que en aquella época se usaron, no dejaban duda acerca de lo bien formado de su talle ni de la perfección de sus contorneados brazos; su mano, que por coquetería, ó tal vez también por distracción, tenía abandonada en la portezuela, destacándose sobre la tela de que estaba forrado el carruaje, parecía un bajorelieve de alabastro sobre un fondo de oro. Aunque es cierto que el resto de su persona iba medio oculto dentro de la litera, sin embargo, podíase adivinar fácilmente la estatura de su esbelto y aéreo cuerpo.

La sensación singular que se sentía al verla, se

disipaba inmediatamente que se la había visto; y el mirar ardiente y suave de sus ojos recuperaba ese imperio fascinador en que Milton y todos los poetas que le han seguido, han hecho consistir la belleza característica y fatal de los ángeles malos.

Los seis señores primeros de Francia acompañaban la litera de la reina; venían á la cabeza los duques de Turena y de Borbón. No llevará á mal el lector que advirtamos, para evitarle tal vez una equivocación, que este duque de Turena era el más joven de los hermanos del rey Carlos, el gentil y gallardo Luis de Valois, que apenas transcurridos cuatro años, ya poseía el título de duque de Orleans; título que tan célebre hizo su talento, sus amores y sus desgracias: un año contaba ya de casado con la hija de Galeas Visconti, graciosa aparición histórica poetizada con el nombre de Valentina de Milán, cuya hermosura, en su primera flor todavía, no había tenido suficientes atractivos para fijar aquella mariposa real de alas de oro. Preciso es confesar que era el galán más hermoso, más rico y más elegante de toda la corte. Con sólo mirarle se conocía á tiro de ballesta que todo era en él alegría y juventud; que había recibido la vida para vivir, y que en efecto vivía; que las penas tal vez podrían venir á mortificarle, pero que jamás

iría él en pos de ellas; que era imposible que aquel lindo y pacífico rostro de paje con los cabellos rubios y los ojos azules, pudiese conservar mucho tiempo un secreto ni un triste pensamiento, y que ambos se escaparían fácilmente; pues sus labios, sonrosados é inconsecuentes como los de una mujer, no tardarían en abrirles paso. Con una gracia que sólo á él era dado poseer, llevaba este día un maravilloso traje, hecho expresamente para aquella solemnidad. Consistía en una túnica de terciopelo negro forrada de bermejo por cuyas mangas bajaba un ancho bordado imitando una grande rama de rosal: el tronco, que era de oro, sostenía por ambos lados las hojas de esmeralda, en medio de las cuales brillaban en ambos brazos once rosas de rubíes y de zafiros: los ojales estaban bordados, en memoria de una orden instituida por los reyes de Francia, imitando á la retama, cuyas vainillas eran de perlas: el faldón que cubría el muslo del lado opuesto al de la litera, estaba enteramente cubierto con el resplandeciente sol de oro que el rey había escogido para divisa suya, y que Luis XIV renovó en su tiempo: el otro, sobre el que la reina había fijado más de una vez sus miradas, porque encerraba evidentemente algún emblema que quería sin duda descifrar; el otro, repito, representaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1960 1625 MONTERREY, MEXICO

un león joven de plata, encadenado y con un bozal en la boca, á quien conducía una mano perdida entre las nubes con estas palabras: *Adonde yo quiera*. Servía de complemento á este traje un capuz de terciopelo bermejo, entre cuyos pliegues estaba engastada una magnífica cadena de perlas, de la que ambas puntas caían tanto como las del capuz, y con la cual el duque iba jugando con la mano que le dejaba libre la brida de su caballo, sin interrumpir por esto la conversación que con la reina sostenía.

Poco nos detendremos con el duque de Borbón: era uno de esos príncipes cuyos nombres ha inscrito la historia, porque fué hijo y abuelo de grandes hombres.

Seguían á éstos el duque Felipe de Borgoña y el duque de Berry, hermanos de Carlos V y tíos del rey. Aquel era el duque Felipe, que habiendo corrido los mismos peligros que corrió el rey Juan en Poitiers, á quien siguió en su cautividad á Londres, mereció en el campo de batalla y en las prisiones el sobrenombre de *Intrépido*, sobrenombre que le había puesto su padre, y que le fué confirmado por Eduardo el día en que habiendo servido el copero del rey de Inglaterra en un banquete á su señor antes que al rey de Francia, le

descargó Felipe una bofetada diciéndole: ¿quién te ha enseñado á servir al vasallo antes que al señor? El otro era el duque de Berry, que fué regente de Francia con el duque de Borgoña durante la demencia del rey, y el mismo que contribuyó á arruinar el reino con su avaricia, tanto por lo menos como el duque de Orleans con sus prodigalidades.

En la comitiva de éstos venían el hidalgo Pedro de Navarra y el conde de Ostrebán. Como deben figurar poco en los hechos que vamos á contar, diremos al lector que quiera contraer con ellos conocimientos más íntimos, que puede acudir á las varias biografías que hablan de ellos, donde encontrarán cuanto puedan apetecer.

Detrás de la litera de la reina venía cabalgando en un palafrén ricamente enjaezado la duquesa de Berry; caminaba lentamente conducido su corcel por los condes de Nevers y de La Marche. Aquí tropezamos también con dos nombres, de los que el más pequeño irá á perderse también con el tiempo y á desaparecer en la sombra del mayor; porque este conde de Nevers, hijo de Felipe y abuelo de Carlos, será un día conde de Borgoña. Su padre se apellidaba el *Intrépido*, llamaron el *Temerario* á su nieto, y la historia le tiene ya reservado el sobrenombre de *Sin-Miedo*.

En 12 de Abril de 1385 casó con Margarita de Hainault el conde de Nevers, que contaba por aquel tiempo veintidos años: era robusto y admirablemente formado, aunque de estatura no muy aventajada: el mirar de sus azules y pequeños ojos, como los del lobo, era decidido y amenazador: del color de sus largos y tersos cabellos sólo puede formarse idea comparándolos con el plumaje negro amoratado del cuervo: como llevaba afeitada la barba, descubriase en toda su extensión su rollizo rostro respirando fuerza y salud. Por la poca atención con que manejaba su corcel, conocíase la confianza del caballero en sus manos. Aunque todavía era muy joven y no había tenido el honor de ser armado caballero, le eran ya familiares los arneses de la guerra, pues no había desperdiciado ocasión alguna para acostumbrarse á las privaciones y endurecer su cuerpo para toda clase de fatigas; tan severo para con los demás, como para consigo mismo, insensible al hambre y á la sed, al frío y al calor, parecía un hombre de estuco, sin las necesidades comunes á los demás hombres; altanero con los grandes, y afable con los que eran menos que él, se hizo odiar constantemente de sus iguales y amar de sus inferiores; susceptible á todas las pasiones violentas, sabía dominarse y

encerrarlas dentro de su pecho, y su pecho dentro de su coraza. Ese doble forro interior, ese baluarte de acero y de carne, era un abismo donde no podían penetrar las miradas de los hombres y en el que ardía un volcán, que aunque en la apariencia estaba apagado, sin embargo le corroía las entrañas, hasta que llegaba el momento favorable; pues entonces reventando con furia destruía cuanto encontraba al paso la lava ardiente de su cólera. Su traje en el día de que vamos hablando, era de una sencillez tan exagerada, que podía asegurarse que hiciera contraste con el de Luis de Turena. Componíase de una bata de terciopelo verde, más corta de lo que generalmente se llevaba, con mangas abiertas y perdidas, sin adornos ni bordados, ceñida al cuerpo con un cinturón de mallas de acero, que sostenía una larga espada de hierro bruñido; y la abertura que las solapas dejaban en el pecho permitía ver una ropilla azul celeste, sujeta alrededor del cuello con un collar de oro cincelado, que hacía las veces de cuello; su capuz era negro, y un solo diamante sujetaba todos sus pliegues. Este diamante era el que con el nombre de *Sancy* (1) hizo parte después de la corona de Francia.

(1) Cuando se dió la batalla de Granson estaba este

Nos hemos detenido particularmente en hacer conocer á estos nobles señores, que constantemente encontraremos alrededor del rey, porque después del triste y poético rostro de Carlos, y enamorada Isabel, fueron los personajes más importantes de aquel desgraciado reinado.

Ellos fueron la causa de que la Francia se dividiese en dos partidos, combatiendo el uno en nombre de Orleans, y el otro en el de Borgoña. Al escoger cada partido un jefe, recibió con él un amo, y con el amo sus pasiones; amó lo que su señor amaba, y aborreció lo que su señor aborrecía: lo olvidó todo por él, todo, hasta al rey, que era su señor, y á la Francia, que era su madre.

Sobre un blanco corcel y por uno de los lados del camino, venía fuera de las filas madama

diamante en el tesoro de Carlos el Temerario; habiendo caído aquel día en poder de los suizos, fué vendido en 1492 por 5,000 ducados en Lucerna, desde donde pasó á Portugal y á poder de don Antonio, prior de Crato. Este último descendiente de la rama de Braganza, después de haber perdido el trono, vino á París, donde murió; por aquel tiempo lo compró Nicolás Harlay, señor de Sancy, de quien le viene el nombre que lleva. La última tasación que se ha hecho de este diamante hace ascender su valor, si mal no recuerdo, á 1,220,000 francos.

Valentina, de quien ya hemos hablado á nuestros lectores, diciendo que era la mujer del joven duque de Turena. Era la primera vez que venía á Francia, adonde llegaba á la sazón desde su patria, la Lombardia, y cuanto en el nuevo país veía le parecía hermoso y seductor. Llevaba á su derecha al hidalgo Pedro de Craón, favorito predilecto del duque de Turena, vestido con un traje casi semejante al del duque, quien en muestra de su amistad se le había mandado hacer con tamaña semejanza. Era de la misma edad y hermosura que el duque, y afectaba como él la mayor jovialidad; mirándole, sin embargo, detenidamente era fácil conocer que agitaban su alma todas las pasiones de un corazón violento, y que su voluntad era una de esas voluntades de hierro que caminan siempre derechas al blanco de sus deseos, sea de odio ó sea de amor; y por último, que podía esperarse muy poco de su amistad y temerse mucho si se le llegaba á tener por enemigo. Con una armadura de hierro, que llevaba con la misma soltura que los otros señores sus trajes de terciopelo, venía á la izquierda de la reina: Oliverio de Clisson, condestable de Francia, llevaba levantada la celada, por lo que veíase el rostro honrado y franco de aquel veterano dividido por una larga

cicatriz, recuerdo sangriento de la batalla de Auray y prueba de que la espada de flores de lis que pendía de su cinturón era un premio de sus buenos y leales servicios, y no una gracia debida á la intriga ó al favor.

La Bretaña había visto nacer á Clissón y se había educado en Inglaterra; pero habiendo vuelto á Francia á la edad de diez y ocho años, combatió desde aquel tiempo ardiente y constantemente en los ejércitos reales.

Después de haber enterado á nuestros lectores de las personas de que llevamos hecha mención, nos contentaremos con nombrar los que venían en sus comitivas: la duquesa de Borgoña y la condesa de Nevers, seguían conducidas por Enrique de Bar y el conde de Nobur.

El diestro del palafren de la duquesa de Orleans, ricamente enjaezado, lo llevaban Jacquemes de Borbón y Felipe de Artois.

La duquesa de Bar y su hija seguían después acompañadas de Carlos de Albret y del señor de Coucy, cuyo nombre sólo despertaría un memorable recuerdo si nosotros no nos apresurásemos á traerlo á la memoria repitiendo la divisa más modesta ó más altanera tal vez de aquella época:

Ne suis prince, ni duc aussy
Je suis le Seigneur de Coucy.

Ninguna mención haremos de señores, señoras y señoritas que venían detrás, ya cabalgando, ya en carros cubiertos ó palafrenes. Bástenos decir que la comitiva donde iba la reina entraba ya en los arrabales de la capital cuando los pajes y escuderos que formaban la cola no habían salido todavía de San Dionisio. La reina había sido recibida en todas partes á su paso con las aclamaciones de navidad, que se usaban entonces en vez de las de viva el rey, porque el pueblo no había encontrado aun en aquella época de creencias una palabra que expresase mejor su alegría que la que recordaba el día del nacimiento de Cristo. Inútil nos parece ya añadir que Isabel de Baviera y madama Valentina de Milán se llevaron tras sí las miradas de los hombres, así como las de las mujeres. Siguieron largo espacio al duque de Turena y al conde de Nevers.

Detúvose la reina al llegar á la puerta de San Dionisio, donde la tenían dispuesta la primera parada. Era una especie de altar grande forrado todo de raso azul con un cielo estrellado de oro.

Veíanse en las nubes que cubrían este cielo grupos de niños vestidos de ángeles, que cantaban dulce y melodiosamente, acompañando una hermosa joven, que representaba á Nuestra Señora, y tenía sobre sus rodillas una imagen del niño Jesús. El sol resplandeciente que hemos dicho ser la divisa del rey, alumbraba aquel estrellado cielo, del que pendían unidos los escudos de Francia y de Baviera. La reina quedó agradablemente sorprendida con este espectáculo, cuyo buen orden alabó mucho. Después que los ángeles acabaron su cántico y que se calculó que la reina lo había examinado todo detenidamente, se abrió el fondo del altar; transformación que dejó ver la calle entoldada como una desmesurada tienda, cuyas casas todas estaban colgadas de camelote y de telas de seda, con tal profusión, que como dice Froissar, parecía que los paños se habían dado por nada, ó que había sido uno trasportado á Alejandría ó Dámasco.

Detúvose la reina algunos instantes como no atreviéndose á lanzarse en aquella capital, donde la esperaban con tanta impaciencia y donde era recibida con tanto amor. Un presentimiento interior le decía que su joven y hermosa persona, rodeada ahora y recibida con tantas pompas y obsequios,

sería algún día maldita y sacado su cadáver en los hombros de un barquero, encargado por el consejo de San Pablo de entregar los restos de Isabel de Baviera á los religiosos de San Dionisio. Volvió á romper la marcha la comitiva; pero se vió palidecer á la reina al entrar en aquella larga calle y al pasar entre aquella turba inmensa formando dos calles de carne humana, que con sólo juntarse la una con la otra, hubiesen podido despedazar caballos, reina y litera. Sin embargo, ningún accidente acaeció: la guardia urbana conservó siempre su formación. Al poco rato llegó la comitiva al frente de una fuente cubierta de paños de azul sembrados de flores de lis de oro; en torno de esta fuente había infinidad de columnas pintadas y cinceladas, en las que estaban colgados los escudos de la flor y nata de la nobleza francesa. En vez de agua manaba esta fuente abundantes bebidas y perfumes aromáticos del Asia, y veíanse de pie en torno de las columnas grupos de lindas doncellas con copas de oro y jarrones de plata en la mano, con las cuales ofrecieron de beber á la reina y á los príncipes de su comitiva. Cogiendo la reina una de aquellas copas la llevó á los labios, tan sólo para hacerlas este honor, devolviéndola en seguida; mas el duque de Turena se apoderó de la misma